

# DE LA UNIVERSIDAD AL PODER. UN CAMINO ERRADO (\*)

JOSÉ ESTEVE PARDO

LA UNIVERSIDAD ALEMANA DEL SIGLO XIX VISTA POR LOS BECARIOS FRANCESES.—DEL IDEAL DE LA CIENCIA A LA REACCIÓN ANTE LA SOCIEDAD DE MASAS Y LA DEMOCRACIA LIBERAL.—LA AUTONOMÍA ALEMANA Y EL ESPRIT DE CORPS DE LA UNIVERSIDAD FRANCESA.

Entre los muchos efectos, de ordinario benéficos, que puede tener la lectura de un libro, está también el de reavivarnos la que hace un tiempo hicimos de otro. Culpamos con frecuencia a nuestra limitada memoria de la total ausencia de poso, de la pérdida de todo rastro de lecturas que hace unos meses, semanas, días tal vez, absorbieron por completo nuestra atención. Creíamos ya definitivamente perdidos aquellos momentos de vivo interés, sin recordar apenas nada de los que nos parecía ya una lectura estéril cuando, súbitamente, un nuevo libro caído en nuestras manos ejercerá como un efecto Proust: rescatará de nuestra memoria lo que estaba latente y que ahora cobra una reforzada vitalidad, mucho más activa al entrar en contacto con la fecundante lectura del nuevo libro. Cuando esto sucede no es infrecuente que se diluya el orden del tiempo y que acabemos por no saber cuál leímos primero.

Eso es justamente lo que ahora me ocurre: los objetos coincidentes de atención en ambos y los efectos reflejos que entre ellos se producen me suscitaron en su momento unas notas sobre la común realidad que contemplaban. Si hay demora en la presentación de estas líneas es con la esperanza de que quien las lea, aunque sepa ya de uno de estos libros, tiene más remotas posibilidades de

---

(\*) CHRISTOPHE CHARLE: *La République des universitaires (1870-1940)*, Éditions du Seuil, París, 1995, 505 págs., y FRITZ K. RINGER: *El ocaso de los mandarines alemanes (La comunidad académica alemana, 1890-1933)*, Ediciones Pomares-Corredor, Barcelona, 1996, 446 págs.

conocer el segundo —aquí también recensionado— en cuyo caso sí encuentro sentido a mi propuesta de recomendarle su lectura.

LA UNIVERSIDAD ALEMANA DEL SIGLO XIX VISTA  
POR LOS BECARIOS FRANCESES

Las dos obras vienen a formar una madeja que, si se desenreda, parece que nos lleva a un punto común de atención inicial y que es un fenómeno que, bien mirado, no deja de producir asombro por su singularidad: la formación en un país de Europa, sin apenas solución de continuidad con el Estado feudal, de una élite, integrada básicamente por profesores universitarios, que no adquiere su preeminencia cultural, social y aun política, sobre derechos hereditarios, ni sobre un patrimonio, ni tampoco sobre las cenizas de un orden derrocado tras un proceso revolucionario.

Ese país es Alemania y esa élite se formó en sus Universidades, en ellas ocupó las posiciones de responsabilidad investigadora y docente desde las que ejerció una considerable influencia. En ninguna otra nación se había reconocido no ya el prestigio social, sino el poder efectivo en las altas instancias del Estado, a un grupo cuyo signo distintivo no era ni el poder económico, ni el militar, ni el dinástico, sino el saber científico acreditado en una carrera universitaria seguida por unos cauces y procedimientos bien determinados. Su formación se inició con mucha anterioridad a la franja cronológica en la que los dos libros coinciden también (1890-1933 para el de Ringer, 1870-1940 para el de Charle) al centrar su objeto de estudio. Por esa época, en el tránsito del siglo XIX al XX, el modelo universitario alemán alcanzó un momento de esplendor, lo que suscitó un vivo en otros países; pero, visto desde dentro y por sus propios profesores, se apreciaban ya en él claros síntomas de crisis para adaptarse a la sociedad del nuevo siglo.

La primera parte del libro está dedicada así a la percepción del sistema universitario alemán por los universitarios franceses que lo conocieron y visitaron a finales del siglo XIX. Se había hecho sentir entonces en Francia los más negativos efectos de la centralizada organización de la enseñanza superior, la total falta de autonomía de sus Universidades, el peso desproporcionado y desestabilizador de París. La Universidad alemana aparece entonces bien pujante, en su apogeo, como un modelo a considerar y, al tiempo, como un poderoso rival al que temer.

Se decidió entonces un plan de discreto «espionaje» científico consistente en becar a jóvenes universitarios franceses para que estudiasen en universidades alemanas, exigiéndoles como contrapartida la elaboración de informes so-

bre la institución en la que iban a formarse y, en particular, sobre los métodos de investigación y enseñanza en sus respectivas materias.

Es así como —sobre todo en la penúltima década del siglo XIX— se formó un interesante fondo documental que Charle ha sabido explotar con acierto, reparando en el valor que a esos informes concede la altura que luego alcanzaron muchos de sus autores: Émile Durkheim, Georges Blondel, Fustel de Coulanges, Gabriel Séailles, Célestin Bouglé, se cuentan entre los becarios que remitieron estas memorias. Coinciden todos en destacar un principio de libertad que se percibe ya en la sorpresa de Durkheim al encontrar, la primera vez que entró en clase, a los estudiantes fumando mientras esperaban la llegada del profesor. Un principio que sintetiza perfectamente Blondel cuando afirma que al principio de libertad de enseñanza del profesor corresponde el principio de libertad discente del estudiante, que regula su trabajo a su manera, asistiendo a las clases y seminarios que verdaderamente le resultan de interés, con lo que confería un perfil personal a sus estudios y su formación. Esa libertad académica era lo que más seducía a unos jóvenes becarios franceses procedentes de un sistema con una rígida programación docente, uniformista y centralizada. Notaban entonces la marcada libertad y autonomía de los profesores, que no eran así piezas de una maquinaria docente estatal, puesto que su actividad se desarrollaba en muy buena medida en la órbita privada.

Una clara manifestación de la actividad docente privada de los profesores alemanes la ofrecían los seminarios. El libro de Charle refleja cumplidamente cómo los becarios franceses de finales del siglo XIX coincidían en destacar la singularidad y valor formativo de estas sesiones en las que tomaban parte activa los más aventajados estudiantes que podían madurar allí su vocación científica y universitaria. Todas las sesiones de los seminarios —esto es muy significativo— se celebraban en casa del profesor que lo dirigía. Quienes un siglo más tarde hemos participado en estos seminarios, celebrábamos todavía su sesión final en casa del profesor y, ya concluido, nos ofrecía amablemente un refrigerio (1). No es la mera inercia en el mantenimiento de tradiciones, sino un indicio más de un sistema universitario en el que a los profesores y Universidades les cumple una estricta función docente e investigadora, sin intervenir decisivamente en la valoración de los conocimientos de los estudiantes para su

---

(1) Un formato más opulento de esas sesiones finales es el que ahora también se ofrece en algunos casos con el apoyo financiero de alguna fundación. Nuestra vida frugal de becarios se veía regalada durante un par de días en un lujoso hotel a la orilla de algún lago en el sur de Baviera. Allí tenían lugar las sesiones finales del seminario con participación de personas relevantes de la Administración, la magistratura y de la vida política, entre los que no faltaban ministros y hasta un inminente presidente de la República.

habilitación en el ejercicio de una profesión. Acuden éstos así a las clases y seminarios que les resulten en verdad útiles a su formación y, en su caso, a la preparación del examen de Estado, externo a la Universidad, que les habilitará ya para el ejercicio de su actividad profesional.

Pero no todo son alabanzas en esos informes de los becarios franceses. Como universitarios perspicaces y críticos que eran, detectan también la realidad oculta tras las apariencias institucionales (2). Pero mucho más crítica, por más documentada, es la visión que del sistema universitario alemán de entonces se ofrece en el segundo libro que suscita este comentario. Fritz K. Ringer señala su objeto desde el primer momento: «Este libro trata sobre las opiniones de los catedráticos de universidad alemanes en el período que transcurre entre los años 1890 y 1933; más en concreto, estudia la reacción de este colectivo ante la repentina transformación de Alemania, que la convirtió en una nación de alto desarrollo industrial.»

DEL IDEAL DE LA CIENCIA A LA REACCIÓN ANTE LA SOCIEDAD  
DE MASAS Y LA DEMOCRACIA LIBERAL

A pesar de esa declarada acotación cronológica en ese período que va desde 1890 hasta la llegada de los nazis al poder, resulta del todo ineludible un mínimo conocimiento del proceso de formación de esa élite intelectual y política que se produce sin apenas solución de continuidad con el Estado feudal. Ringer destaca ya desde un primer momento que «la figura más insólita surgida en la escena social europea del siglo XVIII fue la del hombre de letras alemán, el hombre dedicado al estudio» (3). Este personaje se debe, según el autor, a la filosofía idealista, a la exaltación del intelectual puro, por encima de la atención burguesa por los asuntos ordinarios y su pragmático quehacer cotidiano. Quizá ningún otro grupo de personas haya proclamado más fervorosamente el valor de la cultura personal, en sí misma considerada al margen de cualquier utilitarismo, que el de idealistas como Wilhelm von Humboldt y Friedrich von Schiller, respaldados por otros colegas suyos en la Corte de Weimar o la Universidad de Jena, como Gottlieb Fichte, F. W. J. Schelling y Friedrich Hegel.

---

(2) Entre estas apreciaciones desmitificadoras destaca la de Bouglé que, basándose en las experiencias del privat-docent que le hospedaba, no se recataba en afirmar que «para ser profesor no bastaba con ser sabio; era necesario además ser amable, lisonjear a los viejos profesores, casarse con sus hijas. La Universidad es para los ricos y galantes». CHARLE: *La République...*, pág. 39.

(3) RINGER: *El ocaso de los mandarines...*, pág. 34.

Desde 1770, Prusia acometía una profunda reforma de su sistema de educación superior. En 1809 se creó en el Ministerio del Interior la sección de Cultura y Educación —más tarde será el Kulturministerium— que se encomendó al propio Wilhelm von Humboldt. Desde 1812 se exigía un riguroso examen, el Abitur, para acceder a la Universidad, tras una preparación sólo ofrecida por aquellas escuelas que predominantemente impartían enseñanzas humanísticas y amplios estudios de latín y griego. A estas escuelas se les dio el nombre de Gymnasium y en ellas se preparaban los mejores estudiantes que accedían luego a la Universidad. Las otras escuelas, Realschulen, preparaban a futuros técnicos de grado medio, con remotas posibilidades de entrar luego en la Universidad. Se decía que el Gymnasium representaba el «idealismo alemán», mientras que el principio de las Realschulen era el de la «utilidad en el sentido vulgar» y el «beneficio económico en la vida cotidiana» (4).

Con estas premisas y presupuestos ideológicos, las Universidades alemanas se convirtieron desde finales del siglo XVIII en bastiones de una aristocracia intelectual entregada a la ciencia por la ciencia y para la que resultaba del todo accesoria la utilidad práctica de su labor docente. Ese sacerdocio de la ciencia y el desdén hacia el utilitarismo burgués se convierten así en actitudes generalizadas de esa aristocracia de mandarines, así llamados por Ringer al enmarcarlos en el notable retrato que del mandarinato chino hiciera Max Weber.

En la primera parte del libro se ofrece el cuadro del profesorado universitario alemán. Sus categorías, vías de acceso, jerarquías, honores y prebendas. Toda una casta que ejercerá una extraordinaria influencia en las altas instancias del Estado en las que se instalarán no pocos de sus miembros como responsables políticos, magistrados, altos funcionarios o ideólogos del poder. De particular interés resulta por ello la teorización del Estado que hicieron los mandarines. La idea de un Estado abstracto y racional —persona jurídica— que puede autodirigirse con criterios objetivos y hasta científicos, por encima de las coyunturas y turbulencias políticas, justificará la formación de una élite burocrática ilustrada en la que los mandarines estarán ampliamente representados (5).

La tesis de Ringer es que a principios del siglo XX una crisis no muy aparente y ostentosa, pero sí profunda y dilatada, sacudió el plácido orden de la

(4) RINGER: *El ocaso de los mandarines...*, pág. 41.

(5) Posiblemente sea deformación del lector, pero parece escasa la atención que presta Ringer a los juristas y de ello se resiente el estudio sobre la teorización del Estado, y el poder en general, que desarrollaron los mandarines. La aproximación a estas cuestiones se realiza básicamente a través de Max Weber. Los juristas, en cambio, merecen una atención prioritaria en el libro de Charle.

comunidad académica alemana y a sus más asentados valores; crisis que imputa a la falta de adaptación de los mandarines a la sociedad de masas que llegaba con el desarrollo tecnológico. Como destaca el autor en la introducción de su estudio, «para la institución académica alemana, el período que aquí estudiamos se presenta en continuo sobresalto y constituye, asimismo, una introducción desagradable de la nación a los problemas de la civilización tecnológica».

La prevención frente a la técnica, cuando no el desprecio más absoluto, es una actitud que se percibe bien a las claras en buena parte de la aristocracia intelectual alemana, sobre todo la más refractaria a los planteamientos democráticos, pues veía que con aquella se daría entrada a las masas, que acabarían así por rebajar el cuadro de los valores de la sociedad. Una reacción entre defensiva y despectiva de la que participan otros pensadores europeos, pero muy particular y significativamente aquellos que más en contacto estuvieron con la órbita germánica. Entre los nuestros fácil es por ello destacar a Ortega que de manera tan lúcida supo expresar la posición de tantos como él en *La rebelión de las masas*.

En el libro de Ringer son muchos los datos que se ofrecen al lector para que establezca sus propias conclusiones, con un grado variable de certidumbre en cada caso, sobre la evolución de esa comunidad científica en el período estudiado, una evolución que se insinúa reiteradamente en la segunda parte de la obra y cuyos hitos serían los siguientes: el desarrollo de la técnica y la industria trae consigo la sociedad de masas en la que se diluyen los valores humanísticos, morales y estéticos de los mandarines, con esa nueva sociedad llega también la pretensión de gobierno por sus masas en una trivialización vulgar de la democracia. La República de Weimar es el momento en que esa oposición al sistema democrático se hace más patente, aunque tal vez no muy explícitamente manifestada. Con alguna frecuencia se convierten entonces las aulas universitarias en escenarios de la reacción, en ocasiones con episodios violentos de los estudiantes que no son atajados por los claustros, que tampoco reaccionan cuando algún profesor es objeto de escarnio por esos grupos que ya se iban convirtiendo en comandos. No se afirma en ningún momento —no es posible un aserto unívoco y contundente en relación a tan amplio colectivo— que los

---

(6) Por parte de la aristocracia intelectual europea no sólo se produjo esta reacción desdeñosa frente a la técnica. Los más preeminentes juristas percibieron ya, muy tempranamente, el creciente poderío de la técnica y las dificultades posiblemente insalvables del Derecho para dominarla. Una profecía que es ya rigurosa realidad desde hace un tiempo. De estas cuestiones me ocupó sobre todo en la primera parte de mi libro *Técnica, riesgo y Derecho*, Ariel, Barcelona, 1999.

mandarines abrazaran la causa del nazismo (7). No fueron muchos ciertamente los que se significaron asumiendo puestos de responsabilidad en un régimen que no dejaba mucho espacio a la Universidad; pero tampoco puede desconocerse la falta de reacción y crítica que si de algún lugar debía esperarse era sin duda de las Universidades y los intelectuales de tanto porte que las habitaban. Es ya una insinuación al respecto que el estudio se cierre en 1933.

Lo que ocurre después de esa fecha, aunque no se cuente en el libro, sí que confirma en buena parte sus tesis. Así, consumada del todo la tragedia, acabada la guerra, las figuras intelectuales que quedaron como referentes del régimen nazi y por ello privadas de la venia docendi y condenadas al silencio (*publikationverbot*) presentaban los síntomas característicos que aparecen desde principios de siglo: aversión a las formas democráticas, burguesas y liberales, prevención y desconfianza ante la técnica que acabaría por imponer la dominación de las masas. Unas posiciones y actitudes bien ostensibles en el triunvirato más característico de toda esa época: Martin Heidegger, Carl Schmitt y Ernst Jünger (8). Los tres se significaron en el régimen y ejercieron luego, desde el silencio, una extraordinaria influencia, posible entre otras razones por la longevidad de que gozaron (9). En los tres son constantes las obsesiones de los mandarines: el efecto disolvente de la democracia liberal, su falsa neutralidad, la irrupción de las masas en los procesos de decisión política y la técnica que lo hizo posible. Para Heidegger, un auténtico cataclismo, no sólo de la cultura alemana, sino de todo el occidente, muerto según él por la tecnología (10).

#### LA AUTONOMÍA ALEMANA Y EL ESPRIT DE CORPS DE LA UNIVERSIDAD FRANCESA

El modelo universitario alemán, aunque seguido muy de cerca por estudiantes y profesores franceses, no fue asumido en ningún momento —ni en las

---

(7) Una cuestión que suscita gran interés para Jürgen Habermas es su recensión al libro de Ringer cuando esto hizo su aparición en Alemania, hace ya treinta años. Esa recensión puede encontrarse en *Perfiles filosófico-políticos*, Taurus, Madrid, 1985, págs. 404 y sigs.

(8) Sobre ellos, el libro de CHRISTIAN GRAF VON KROCKOW: *Die Entscheidung. Eine Untersuchung über Ernst Jünger, Carl Schmitt, Martin Heidegger*. Frankfurt del Maine, 2. e., 1990.

(9) Dispusieron por ello de una segunda vida en la que, aun desprovistos de sus cargos y las posiciones académicas que ocuparon antes de la guerra, ejercieron una gran influencia. Sobre ello, mis notas «Las dos vidas de Carl Schmitt», en el núm. 46 de esta misma revista.

(10) Esta es la sugerente percepción de RICHARD RORTY en su ensayo «Heidegger, Kundera y Dickens», en su recopilación *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*, Paidós, Barcelona, 1993, pág. 104.

épocas de su mayor esplendor— por la Universidad francesa: el imposible modelo alemán, es la primera conclusión de libro de Charle tras analizar las propuestas que en su momento se plantearon. A juicio del autor, el sistema germánico se vertebra en torno a los profesores, dotados por ello de una gran autonomía y con un poder considerable, de ahí su consideración de mandarines; por el contrario, la organización universitaria francesa se articula en estamentos, auténticos corps, y conoce las tensiones entre ellos: entre escuelas técnicas y facultades, entre profesores y gestores, y entre los propios profesores y sus diversos grupos: los que definen sus categorías jerárquicas —auténticas escalas— y, también, los grupos que se constituyen en torno a las diversas enseñanzas y disciplinas. Es así explicable que Charle preste atención específica a las Facultades más características y, particularmente, al profesorado que en ellas acabó por configurarse como una casta bien definida: los profesores de medicina, letras y, de manera destacada, los juristas.

En estos últimos el esprit de corps está muy marcado, tal vez por sentirse miembros de una élite cultural y social, aunque de las investigaciones de Charle se desprende que para los profesores de Derecho el ejercicio de la actividad profesional en la abogacía o la alta Administración no era, ni mucho menos, un camino fácil. La presencia de funcionarios y abogados con excelente formación planteaba duras exigencias a los profesores que pretendían trabajar en la práctica forense, hasta el punto de que algunos sólo se deciden a ello cuando la necesidad económica aprieta. Es el caso de Gaston Jèze, hijo de un comerciante arruinado de Toulouse, que con el objetivo de hacer frente a las deudas de su familia acabó por conseguir, con no poco trabajo, una excelente reputación como abogado que añadió a la bien ganada como tratadista. Lo cierto es que los juristas mantendrán el más alto tono ritual con el empleo de la robe académica no sólo en las ocasiones señaladas, sino en la actividad docente ordinaria. Cuando a principios de los años treinta se planteó por algún profesor una tímida reserva sobre la razón de su uso, el Decano de la Facultad de Derecho de la Sorbonne afirmó que, independientemente de las normas que lo exigían, «cette raison se trouve dans la majesté de la Loi» (11). Una razón expresiva de toda una época.

---

(11) CHARLE: *La République...*, pág. 248.